

Comiendo unos fideos de inspiración italiana en un restaurante de cocineros guatemaltecos sobre el Boulevard St-Denis, Marcelle Meyer te dijo sin gestos dramáticos ni signos de frustración, más bien con un aire de calmada impasibilidad que no quería verte más, que finalmente se había cansado de ti. Le escuchaste con pretendida calma, lamentando en secreto la ausencia de un poco de vino en tu mesa, aunque sea uno aguachirle, para empujar este condenado bocado de papas que de pronto se queda atascado en la mitad de la garganta como si hasta el aparato digestivo hubiera quedado emocionalmente alorado al escuchar tan apuñaladora frase: “Je ne veux plus te revoir, Alfredo. Il faut se quitter. Je casse.” Su voz fluye tranquila empujando la faca de la ruptura entre costilla y costilla.

Al día siguiente, sabiendo perfectamente bien que era utópico y como gracia de mal gusto que nadie comprendería, decidiste iniciar tu absurdo propósito quechuístico en el metro. Rompiendo la norma, el posible arresto, hasta la prisión no tan remota. Arriesgándote a los golpes, quizás, tan peruanos en el verso como duros sobre las costillas. Así empezaste tu jornada. *Monsieur, vous dérangez affreusement!* Un mostacho bajo la gorra, el uniformado policía del metro. Azul severo. Todo imaginado. La hilera de vagones se detuvo en la estación de Jean-Talon. Las puertas corredizas se abren gracias al potente impulso eléctrico que, desde los ríos del frío norte de Quebec, llega a la panza subterránea de esta isla. Pasajeros en viaje permanente —desde la cuenca del Ogowe, la Coronilla de Cochabamba, las ruinas de Pompeya, los puñales de Toledo y los bazares de Marrakech— avanzan para abordar los carros del vasto intestino metálico del metro de Montreal. Entran y salen, se cruzan y se espían ojos, abrigos, cabellos diurnos y nocturnos, bocas, pantalones, lenguas turcas y mozárabes, aire compartido, sudores y

lociones. Zapatos, sandalias, botas de invierno. Alguien canta por encima del trajín como se canta a los veinte años.

Entras al carro buscando instintivamente el contacto con las pupilas de los viajeros. Iris, nervio aparejado, pájaros circulares que al sentir tu mirada se echan al vuelo disolviéndose en la ausencia de otros rostros, perdiéndose en las profundidades epistemológicas de los anuncios de cremas, cigarros, billetes para la temporada de béisbol, viajes a países de playas, bombas y palmeras, cremas solares además de varios vinos de la última cosecha de la arabizada Francia. En los metros del mundo nadie se mira de pupila a pupila. Los deseos sin dinero son una amenaza.